

vuestras sí lo están para mí. Devolvedme, pues, amor por amor; yo os hablo como á mis hijos; dilatad tambien para mí vuestro corazon.”<sup>1</sup>

¿Qué ha pasado, pues, en estos hombres? ¿En qué hoguera han encendido ese fuego devorante que los consume? ¿Cómo es que el egoismo, fruto de nuestra mala naturaleza, que no detiene nuestro pensamiento y nuestros afectos sino sobre nuestra familia, sobre algunos amigos y sobre nosotros mismos, se trasforma de repente en ellos en una inmensa y generosa caridad que comprende á la humanidad entera? Id á escuchar á los maestros en su cátedra, á los filósofos en sus escuelas y veréis si ellos sienten por un puñado de oyentes, el amor en que los apóstoles arden por todos los hombres. Estos nuevos sentimientos piden un lenguaje nuevo; así desde que los apóstoles se dirigen á los pueblos, la palabra *hermanos*, tan bella, tan dulce y sin embargo tan olvidada desde la corrupcion de la libertad, esta palabra que encerraba su fé, su objeto y su esperanza, viene á establecerse sobre sus labios; y si la abandonan es para dar este epíteto todavía mas tierno á sus neófitos: “*Hijos míos, mis muy queridos hijos.*” Nada es comparable á su solicitud por estos estraños á quienes han venido á buscar para guiarlos á la verdadera fé; ellos les prodigan toda especie de cuidados y de escrupulosas atenciones; les aman con un amor celoso; sufren con los que sufren; se afligen con los que se afligen. “Sabeis, les dicen, que hemos obrado con cada uno de vosotros con la solicitud y el afecto de un padre; con el de una nodriza llena de ternura para con sus hijuelos.” Se les ve convertirse en sirvientes de todos para así ganar mayor número, hacerse débiles con los débiles, evitar el humillar el orgullo del judío ó del pagano; hacer en fin, todo por todos, para procurar la salvacion de todos. Si alguna vez se ven obligados á reprender á alguno de sus queridos hijos, ellos recomiendan á los otros

1 Epíst. á los corint., cap. 6.

tratarle con indulgencia, consolarlo y darle pruebas efectivas de caridad á fin de que no se sienta agobiado por un exceso de tristeza.”<sup>1</sup> Y sin embargo, dónde está el reconocimiento, dónde las ventajas temporales que les resultan de esta consagracion absoluta á los demas? Ellos nos lo dicen todavía: “Parece que Dios nos trata como los últimos de los hombres; como los condenados á muerte; y nos hace servir de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los demonios. Nosotros somos insensatos por el amor de Jesucristo, somos débiles y somos despreciados. Hasta el presente sufrimos el hambre y la sed, la desnudez y los malos tratamientos; nuestras moradas son los establos. Trabajamos con mucha pena con nuestras propias manos; y hemos venido á ser como las inmundicias del mundo, como las basuras que todos arrojan fuera de sus casas.”<sup>2</sup> Pero he aquí otro milagro: el sufrimiento, que hace brotar las lágrimas y engendra la desesperacion, se sorprende al ver que sus dardos se embotan contra estas grandes almas, fortalecidas en el Evangelio, y que en ellas produce el sentimiento de una dicha celeste; porque ellos se iban llenos de gozo, dicen las Actas, por habérseles considerado dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo; y San Pablo esclama: “Yo sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones.” Este gozo, sin embargo, es sereno como la paciencia, dulce como la resignacion, tierno como la misericordia; él no se parece á la altivez facticia y ridícula de los falsos sabios, ni á la orgullosa insolencia de los entusiastas; sino que es un reflejo de la bondad del cielo, una emanacion de la santa indulgencia del Calvario. “Se nos maldice y nosotros bendecimos; se nos persigue y nosotros sufrimos; se nos dicen injurias y nosotros respondemos con súplicas.”<sup>3</sup> ¿Habrá acaso un corazon tan empedernido por la filosofía que

1 Epíst. 1.<sup>a</sup> á los Thess., cap. 2. 1.<sup>a</sup> á los Corint., cap. 9. 2.<sup>a</sup> á los Corint., cap. 1.<sup>o</sup>

2 Epíst., 1.<sup>a</sup> á los Corint., cap. 4.

3 Epíst. 1.<sup>a</sup> á los Corint., cap. 4.

no se sienta conmovido de admiración ante unas palabras tan tiernas, trofeo de virtudes sobrehumanas, revelación de un incomparable heroísmo?... Porque si es por sí una gran gloria vencer el sufrimiento, qué gloria mas grande que la de perdonar y hacer beneficios á los opresores!

Pero si los apóstoles son héroes de caridad, de paciencia y de mansedumbre, son asimismo prodigios de humildad, virtud que la antigüedad pagana conoció tan poco que no sabia de ella ni aun el nombre. Ministros de Jesucristo, dispensadores de los misterios de Dios, predicadores de una doctrina sublime, ellos no reclaman para sí ninguna gloria de esta augusta misión; ellos no son nada, es Dios el que lo hace todo por su órgano: es Él quien sostiene su debilidad, quien les da aliento, quien los hace aptos para ser los ministros de la nueva alianza. "Nosotros no somos capaces, confiesan ellos, de formar un solo pensamiento bueno: Dios es el que nos hace capaces de ello. No nos consideramos sino como los servidores de los hombres por Jesús; porque el mismo Dios que ha hecho resplandecer la luz en medio de las tinieblas, es el que ha hecho lucir su claridad en nuestros corazones á fin de que podamos esclarecer los otros, comunicándoles el conocimiento de la gloria de Dios. Pero nosotros llevamos este tesoro en vasos de tierra, á fin de que se reconozca que la grandeza de la fuerza que está en nosotros es de Dios y no nuestra."<sup>1</sup> San Pablo confiesa que aunque su conciencia no le reprocha nada, no se considera por esto justificado; que está sometido á la ley del pecado, que él siente los aguijones del ángel de Satanás y que sujeta su cuerpo á la servidumbre, de temor que despues de haber predicado á los demas, no se haya excluido á sí propio. Lejos de renegar de su origen, los conquistadores de la cruz declaran altamente que Dios ha escogido á los menos sabios, á los mas viles y á los mas despreciables á los ojos del mundo, á fin de que

1 Epíst., á los Corint., cap. 4.

atribuya toda la gloria al Señor. Ellos no se avergüenzan de su debilidad, de su rusticidad, de su ignorancia; no pretenden ocultar la cruz de su Maestro, ni disimular sus humillaciones, ni cubrir con las flores de la retórica, como dice Rousseau, la faz adusta del Evangelio; ellos no quieren emplear los discursos persuasivos de la sabiduría humana; se envanecen por el contrario de no saber otra cosa que: "*Jesús y Jesús crucificado*. "Si es preciso glorificarse de algo, dice San Pablo, yo me glorificaré solamente de mis debilidades."<sup>1</sup>

Vanamente se procuraria crear un ideal de perfección humana mas cumplido y perfecto que el que los apóstoles nos han ofrecido como modelo: ellos han sido en todo los imitadores de Jesucristo, de cuya vida dice Rousseau que el inventor seria mas admirable que el héroe mismo. ¿Era posible, que tantos sacrificios, tanta abnegación, tanta caridad se produjesen repentinamente del seno del deleite, de la corrupción y del egoísmo antiguos, sin que la tierra se conmoviese, sin que la divina atracción hubiese ido á buscar en el fondo de los corazones la última centella simpática para revivirla y solicitarla con energía? No sin duda; y desde luego hemos admirado la prodigiosa rapidez con que la simiente evangélica nacia, crecía, fructificaba y se difundía. "Iban, pues, esos ignorantes en el arte de hablar bien, pero sabios en el arte de obrar bien, iban, decimos, con esa locución ruda, con ese modo de espresarse que comprende el extranjero aun en esa culta Grecia, la madre de los filósofos y de los oradores; y á pesar de la resistencia que les oponía el mundo, establecían mas iglesias que discípulos ganó Platon con su elocuencia que se creyó divina."<sup>2</sup>

¿Quiénes debían ser los discípulos formados por tales maestros? Las Actas de los apóstoles nos los describen bajo los colores mas admirables. Toda la multitud de los que creían no ser mas que un corazón y una alma, ninguno de ellos con-

1 Epíst. 1.<sup>a</sup> á los Corint., cap. 1.

2 Bossuet, sermon sobre San Pablo.

sideraba que lo que poseía le pertenecía exclusivamente, sino que todas las cosas eran comunes entre ellos. Nadie tampoco era pobre, porque ellos vendían sus bienes y los distribuían á todos según la necesidad de cada uno. Continuaban yendo todos los días al templo animados de un mismo espíritu; y partiendo el pan que les daban en las casas tomaban su alimento, con alegría y sencillez de corazón, alabando á Dios y haciéndose amar de todo el pueblo.<sup>1</sup> En recompensa de su celo los apóstoles merecían bien el ser queridos de aquellos que amaban tanto como á sí mismos y á que á costa de tantos sacrificios habían introducido en la alegría del reino de Jesucristo. Dos rasgos nos darán la idea de la santa ternura con que rodeaban á sus hijos en la fé. Se lee en las Actas que habiendo hecho venir San Pablo á los sacerdotes de la Iglesia de Éfeso, les dijo: "Yo parto á Jerusalem donde el Espíritu Santo me asegura que me están preparadas cadenas y aflicciones: pero yo no temo nada; me basta que acabe mi carrera cumpliendo mi ministerio. Sé que no me veréis mas, vosotros todos entre quienes he pasado predicando el reino de Dios." Después de haber hablado de este modo, el apóstol se puso de rodillas y oró con ellos. Entonces comenzaron todos á derramar lágrimas, y arrojándose al cuello de Pablo le besaban, afligiéndose sobre todo de lo que él les había dicho de que no lo verían mas. Y ellos le acompañaron hasta el bajel. Después, cuando San Pablo hubo llegado á Cesarea, un profeta, llamado Agabus, tomó el ceñidor del apóstol y ligándose los piés y las manos dijo: "De este modo los judíos ligarán en Jerusalem al hombre á quien pertenece este ceñidor y le entregarán á las manos de los gentiles." Habiendo oído estas palabras le conjuramos nosotros y los de aquel lugar para que no fuese á Jerusalem. Pero él respondió: "A qué llorar así y enternecer mi corazón? Yo estoy dispuesto no solo á ser encadenado, sino aun morir en Jerusalem por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo."

<sup>1</sup> Actas de los apóstoles, cap. 2.

Cuando vimos que no podíamos persuadirlo, no le obligamos ya mas y nos dijimos: ¡Qué se haga la voluntad del Señor!"<sup>1</sup>

¡Qué tierna emoción, qué sentimiento celestial respiran estas líneas! En ellas se espresan á la vez la caridad, la dulzura, la piedad, la energía y la resignación. ¡Cuál se unen estos corazones en una misma inquietud, en un mismo interés, en una misma ternura! ¡Cómo se vé que la virtud de la cruz se cierne sobre ellos, los anima y los dispone á todos los sacrificios!

Así, gracias á nuestros pacíficos conquistadores, la tierra oye la Buena Nueva, recibe las primicias del nuevo espíritu, y ve abrirse la era del nuevo reinado que debía libertarla y restablecer al hombre en su dignidad de ser libre esclareciendo y purificando esa misma libertad.

Gloria, pues, á estos ilustres conquistadores de la cruz que no han recorrido las naciones, como los otros conquistadores con el fuego y el hierro para asolarlas, enriquecerse con sus despojos y esclavizarlas, sino con la verdad y la caridad para instruir las, consolarlas y regenerarlas rociándolas con la sangre del Redentor, mezclada con la suya, y librarlas de la servidumbre del mal que engendra todas las demas servidumbres! Su empresa, su sacrificio, su triunfo, todo es sobrenatural, todo divino; y cuando los hombres hayan sentido la virtud de esta obra maravillosa, cuando tristes esperiencias les hayan hecho comprender que en las inefables armonías del cristianismo, se encuentra el único y verdadero remedio de sus males, entonces, arrepentidos de su ingratitud, avergonzados de la ceguedad que les ha hecho preferir vanos y funestos sistemas á la palabra de verdad y de vida, caerán de rodillas á los piés de los santos libertadores, á quienes habían desconocido, desdeñado, ultrajado y perseguido, y les suplicarán que les soliciten del cielo el que vuelva á renovar para salvar á la tierra, perdida en la anarquía moral, el milagro que otra vez la ha hecho salir del abismo.

<sup>1</sup> Actas de los apóstoles, cap. 20.